

Conversión en La Catedral

R.H. Moreno Durán

A nadie, por escéptico que sea, le resultará extraña la presencia de un sacerdote en una catedral pero, cuando ese sacerdote se encuentra en un lugar llamado La Catedral que no es sino una lujosísima mansión que sirve de prisión a un narcotraficante, la imagen puede volverse inquietante. En este cuento de prosa impecable el escritor colombiano R.H. Moreno Durán —autor de obras como Los felinos del canciller, Cartas en el asunto y De la barbarie a la imaginación— nos lleva a ese mundo donde la iniquidad siempre cortará el paso a las buenas intenciones.

Ante la ventana abierta la paloma se mantuvo durante unos segundos en el aire, vacilante, hasta que finalmente se posó sobre el alféizar. El Patrón se acercó, la tomó entre sus manos y tras acariciar el blanco plumaje del lomo desató el papelillo que llevaba atado a su pata derecha. A continuación volvió a acariciarla, la alzó con las dos manos y luego, con un breve impulso, la soltó y la paloma desapareció en los dominios del aire.

—Como el Espíritu Santo —dijo El Patrón mientras leía rápidamente el mensaje.

El viejo sacerdote lo miró con ostensible reprobación.

—Hay cosas con las que es mejor no bromear, Pablo.

—No quise ser irrespetuoso con sus creencias, padre.

Y la prueba de lo que digo es que me he puesto en sus manos. Si lo he molestado con mi comentario le ruego me perdone.

El sacerdote recorrió con su mirada la voluminosa, arisca figura de su anfitrión, tan descuidado en su atavío



que más parecía un vagabundo que el poderoso capo a quien todos temían. El anciano sopesó esas palabras que se le antojaron casi blasfemas y luego, con una paternal sonrisa, pareció absolver al insolente.

Tras leer nuevamente el mensaje, El Patrón llamó aparte al doctor Arizmendi, el hombre que media hora antes, durante la reunión con los dos periodistas de *Il Messaggero* había hecho las veces de intérprete, y a quien con ostensible cortesía los italianos llamaban *Consigliere*. Era un individuo extremadamente flaco, vestido con atildamiento y a quien, al hablar, se le acentuaba un tic en el párpado izquierdo.

El Patrón le dio a leer el papel y durante un rato que al sacerdote se le antojó eterno, los dos hombres se entregaron a un denso conciliábulo de voces susurrantes y actitudes enérgicas. Minutos después, el anfitrión se dirigió hacia una consola próxima y de una de las gavetas extrajo un sobre, en el que introdujo el mensaje que acababa de recibir. Dejó el sobre en el mueble y volvió a ocupar su lugar, entre el sacerdote y el abogado Arizmendi.

— En todo caso, padre, las cosas no son tan sencillas como quieren presentarlas —dijo Arizmendi, como si retomase una conversación interrumpida por la irrupción de la paloma mensajera—. En nuestro continente

el asunto de los estupefacientes no es un delito sino un problema teológico. O si no, a los hechos.

El sacerdote tosió, nervioso, incómodo. El intenso frío de la colina se le había instalado en los huesos y se arropó con la ruana que siempre llevaba sobre la sotana. Con una sonrisa ambigua, El Patrón secundó el murmullo que las palabras del abogado Arizmendi despertaron entre los presentes mientras se quitaba el gorro de piel para peinarse con los dedos sus largas greñas. Era evidente que lo que acababa de decir su asesor había despertado un molesto escepticismo en el cura.

Un súbito tremolar de las cortinas llamó la atención de quienes allí se encontraban reunidos. La fuerte brisa de las cinco de la tarde se filtraba y con ella los ruidos del bosque próximo. Sin esfuerzo, allá abajo también podía verse la ciudad, tendida bajo el sopor y que, al igual que una cortesana, parecía entregada a sus oscuras maniobras. Como si temiese que por la ventana abierta de par en par entraran más palomas o se escaparan partes comprometedoras de la conversación, uno de los hombres a quien llamaban El Nefando aseguró el pestillo y corrió las cortinas a rayas verticales de color turquesa y blanco, que durante unos instantes más se agitaron y gimieron como banderas rendidas.

—¿Problema teológico? —se oyó la voz cansada del sacerdote.

—En México, el negocio está en manos de El Señor de los Cielos. En el Perú, en las de El Vaticano. Y aquí, en La Catedral y otras diócesis, nadie pone en duda la autoridad de El Patrón. A lo mejor es por eso que en Medellín creen que el Papa es el sicario de Cristo en la Tierra —dijo el abogado. Y soltó una risa llena de calambres y gorjeos, que al eudita se le antojó obscena.

Apenas sonrió. ¿Cómo iba a hacerle gracia semejante chiste? Por el contrario, El Patrón lo celebró con una algazara llena de onomatopeyas y silbidos, e incluso felicitó a Arizmendi con un gesto contundente de su mano derecha: el pulgar en posición vertical al tiempo que los cuatro dedos restantes se anidaban sobre la palma de la mano.

Pero el silencio del sacerdote lo inhibió. Cesó de reír y se acercó con algo de parsimonia al lugar donde se encontraba su invitado. Le llamaron la atención las mejillas hundidas sobre la piel cerúlea del rostro y las oscuras ojeras que hacían aún más brillante la mirada. Una mirada como de *requiem* y que había convertido unos ojos que alguna vez fueron negros y penetrantes en un velo gris, como el aura de los cirios funerarios. Qué diferencia con la energía y convicción del hombre que hace apenas un año lo convenció para que se entregara a la justicia, concluyó El Patrón, con una mezcla de tristeza y desencanto. ¿Por qué él siempre había estado rodeado de curas? Recordó entonces que cuando comenzó sus coqueteos con la política y que tantas desgracias habrían de causar-



le, sus mayores mentores fueron los padres Cuartas, Lopera y Betancur, quienes recorrían los barrios más desahuciados de Medellín y en su nombre exaltaban su filantropía y fervor por la causa de los desprotegidos. Y ahora el anciano eudita se juega todo su prestigio por él, para que los acuerdos alcanzados hace unos meses no se vayan al traste. Pero la culpa no es mía, piensa El Patrón, y este cura debe creerme.

El sacerdote mira a ese hombre a quien siempre le dice Pablo —salvo él, nadie se atreve a llamar a Escobar por su nombre de pila— y confirma que su papada es tan prominente como su abdomen y que el pelo le crece a raudales. ¿A qué obedece tan deliberado desaliño? ¿Qué sucedió con uno de los hombres más ricos del mundo, a quien vestían los más sofisticados diseñadores y cuyo *vestiaire* alojaba centenares de trajes? Si no olier a esa facinerosa loción cuyo tufo lo precede varios metros, juraría que quien fue bautizado como el enemigo público número uno ha desistido de bañarse.

En el momento en el que un diligente camarero se dispone a servir una nueva tanda de whisky, el sacerdote cubrió su vaso con la mano. Con voz cansada y a manera de excusa sólo atinó a pedir un poco de agua. Y como si esta petición formara parte del orden del día, la puerta se abrió súbitamente y, usurpando el trabajo del camarero, uno de los hombres del cuerpo de guardia entró con el vaso de agua pedido por el huésped. Tras humedecer los labios, el anciano recordó las circunstancias de su primera entrevista con El Patrón, durante las semanas previas a su entrega.

Parecía increíble que ya hubiera transcurrido un año. Cansado, demacrado, una mirada cansina ponía de presente el estado de ánimo del sacerdote. Por los días en que se celebró la reunión clandestina, cerca de Sabaneta, él y los demás sabían que cualquier indiscreción podía ser fatal y que el lugar se convertiría en un infierno. El Bloque de Búsqueda andaba cerca y por eso los hombres que integraban el anillo de seguridad de Escobar no cesaban de intercambiar claves y mensajes a través de los equipos de comunicación HF y UHF. Y aunque el propio presidente de la República le había prometido al sacerdote no interferir en sus gestiones, él no confiaba del todo. ¿Acaso ese sujeto no había bombardeado Casa Verde, el campamento de los jefes de la fracción rebelde, el mismo día en que, ante el país entero, les extendió la mano como una

invitación para iniciar el diálogo en busca de la paz? Además, ese concierto de gallos constipados que era la voz del presidente no le inspiraba confianza alguna. Durante más de seis decenios de sacerdocio, había aprendido a conocer el tamaño del pecado de los hombres por el timbre de la voz a través del confesionario y en muy raras ocasiones se había equivocado. Siempre creyó que las cuerdas vocales de un hombre son las que sostienen sus testículos, pero las cuerdas del presidente eran tan frágiles y chillonas que más bien parecían estar directamente conectadas con el culo.

—Borghesio y Bertoni, los reporteros de *Il Messaggero*, tampoco creen que este gobierno vaya a jugarle limpio —le dijo el abogado Arizmendi a El Patrón, como si adivinara el pensamiento del sacerdote, quien regresó al presente.

—Lo sé. Pero aun así me cuesta trabajo creer que el presidente quiera meter al país en un callejón sin salida —dijo Escobar, mientras se acariciaba el grueso bigote—. Yo no tengo nada que perder. No entiendo por qué arman tanta alharaca sólo porque he redecorado esta mazmorra. Todo el mundo sabía que yo había instalado un *jacuzzi*, un par de teléfonos y aparatos de televisión en La Catedral. Además, desde hace meses la Procuraduría estaba al tanto de estas mejoras. Incluso tomaron más de cien fotografías que le entregaron al presidente. Entonces, ¿por qué todo este escándalo?

El tono franco de El Patrón pareció devolverle el ánimo al sacerdote. ¿Por qué no reconocer que ese hombre lo descontrolaba? Unas veces era impetuoso y basto,



Durante más de seis decenios de sacerdocio,
había aprendido a conocer el tamaño del
pecado de los hombres por el timbre de la voz
a través del confesionario...



© Salvador Urdarroz

un montañero sin escrúpulos. Y otras, como ahora, parecía el edecán de un arzobispo.

—No creo que ese tipo trame alguna triquiñuela para cambiarme de lugar de reclusión. No fue eso lo pactado, padre, y usted, que estuvo al frente de las negociaciones de mi entrega, lo sabe muy bien.

—El presidente no está solo, Pablo —dijo el eudita—. Todos los días tiene que soportar la presión de las Fuerzas Armadas, así como la de la oficina antinarcóticos y la del propio embajador de los Estados Unidos.

—Son los gringos los que insisten en su traslado —confirmó el abogado Arizmendi—. Además, ya se encuentran en el país. ¿Se acuerdan ustedes del desembarco de los *marines* en las costas del Pacífico hace unos meses? ¿Quién puede tragarse el cuento de que llegaron para desarrollar actividades humanitarias? César Gaviria ni siquiera tuvo carácter para asumir la responsabilidad de esa bofetada contra nuestra soberanía.

Más carácter parecían tener los dos perros que jugaban en uno de los enormes salones del fondo, y que ganaron la atención de El Patrón. También el viejo sacer-

dote se fijó en la elasticidad de los dos cachorros de doberman que fingían una lucha de mordiscos y zarpazos. No hay duda de que hasta los animales más feroces tienen algún momento para la ternura, se dijo el eudita, y recordó algo que lo inquietó. Decían que en su finca Nápoles El Patrón tenía un enorme y bien poblado zoológico y que para proteger los dientes de leche de los cachorros de tigre los alimentaba con jóvenes pavos reales, que ponía al alcance de los precoces dentelladas felinas. Una forma de ternura que no es difícil de confundir con una bien meditada crueldad, concluyó.

—A un tipo a quien se le apaga el país durante ocho meses y sólo se le ocurre hacer madrugar a los gallos o adelantar la hora para ahorrar energía no tiene en buen estado sus fusibles —se dejó oír el abogado, recuperando la atención del distraído auditorio.

—Ni los gringos ni los militares me preocupan —la voz de El Patrón quebró la acústica—. El verdadero problema consiste en saber qué les ha prometido el presidente a mis enemigos de Cali para sacarme del juego. Que se les arrodele no me asombra, pues toda su vida ha sido lameculos (y usted perdone, padre), pero lo que no logro entender es qué les va a dar a cambio de mi cabeza.

A lo lejos se escuchó el ruido de un helicóptero. Uno de los hombres descorrió presuroso las cortinas y entonces se vio el movimiento nervioso de los integrantes del cuerpo de seguridad. Metralletas Ingram y mini Uzi pasaban de mano en mano y los guardas que vigilaban desde las torres intercambiaban un idioma de gestos preventivos. Como si nada le importase, El Patrón se acomodó un gorro de cosaco y bebió tranquilamente su whisky.

—Creo que se les ha dado mucha importancia a los hombres de Cali —dijo el sacerdote.

—El que no hayan hecho tanto ruido como nosotros no quiere decir que no sean peligrosos —interrumpió el abogado Arizmendi, al tiempo que se ponía de pie, con la mirada fija más allá de la ventana—. Ellos han logrado vender muy bien su causa.

El sacerdote vuelve a humedecer sus labios y al levantar la vista en dirección al pasillo, atraído por un tono de voz que se le antojó extraño, la ve. Es una gitana de unos sesenta años, ataviada con ropas multicolores, candongas en las orejas, collares y pulseras tintineantes. Su mirada de cobre es penetrante y el sacerdote, sin saber por qué, se siente cohibido. ¿Por qué las gitanas, así no sobrepasen los veinte años de edad, tienen siempre aspecto de insondables pitonisas, de mujeres que guardan los secretos de todas las cosas del mundo? ¿Qué hace una gitana en La Catedral? Y que no salgan con el cuento de que está aquí para leerle la mano o echarle las cartas a El Patrón. El abogado Arizmendi se da la vuelta y la observa sin interés, como si fuera un árbol más del paisaje.

El sacerdote graba en su retina el rostro de la mujer y prosigue con sus cavilaciones. ¿Será entonces verdad,

como se dice por ahí, que una gitana es la encargada del adiestramiento de los sicarios de El Patrón? ¿Qué puede enseñarles a estos muchachos una anciana cargada de arrugas y abalorios y en cuyos labios un reseco tabaco sin humo parece hablar por ella? Si esta vieja es la instructora, ¿cuál es entonces el trabajo de Jaider La Perra y El Culichupao, dos hampones tan impresentables como sus apodos y que el sacerdote ha visto departir con otros reclusos?

De pronto suena el teléfono y el abogado se apresura a contestar. Durante dos o tres minutos todos lo observan, silenciosos, expectantes. Luego, tras colgar el aparato con estudiada delicadeza, lleva aparte a El Patrón y le dice algo en voz baja, al tiempo que extrae de su portafolios unos documentos y se los entrega. El capo les echa un vistazo y entonces su rostro adusto dio paso a una furia descontrolada que transformó en chispas púrpura sus hasta ahora inexpresivos ojos carmelitas. Maldijo en voz alta y durante un rato se acodó en la ventana abierta, con la respiración entrecortada, de bestia acezante.

Inquieto, el sacerdote no pudo evitarlo y tosió. A sus ochenta y cinco años, ¿de dónde sacaba tanta energía? Hasta poeta se había vuelto.

Meses atrás había dejado atónito al país entero al narrarle desde el púlpito la historia del pajarillo que llevaba polvo blanco al país de los ricos y regresaba con monedas de oro en el pico para los pobres. ¿Quién podía permanecer indiferente ante lo que daba a entender ese fiel intérprete de la Palabra evangélica? Afuera, las palomas iban y venían, de las ramas de los árboles a las alambreadas. ¿En qué momento se le ocurrió a El Patrón convertir a las palomas mensajeras en el medio más eficaz para burlar radares y todos esos aparatos de triangulación radiogoniométrica con que los peritos del Bloque de Búsqueda y los expertos norteamericanos pretendían ubicarlo, incluso a través del timbre de su voz? El sacerdote bebió un sorbo de agua y quiso estar a orillas del mar. Y recordó que todo esto había comenzado precisamente la noche en que a través de su programa de televisión invocó el mar:

—¡Oh, mar! ¡Oh, inmenso mar! ¡Oh, solitario mar, que lo sabes todo! Quiero preguntarte unas cosas, contéstame. Tú, que guardas los secretos...

Los espectadores que se encontraban esa noche ante la pantalla no daban crédito a lo que oían. ¿Se había vuelto loco el sacerdote? Tantos años de plena, férrea actividad, no son cosa de todos los días. Durante cuatro largos decenios había logrado construir las mismas casas y barrios que Escobar levantó en un solo año. Mientras él rezaba y hurgaba en el corazón de los poderosos para recabar su misericordia y buen corazón, el infatigable pajarillo del ahora Señor de La Catedral volvía del país del norte cargado de oro para los menesterosos. Algo lo unía a este hombre y por eso siempre acudía a su llamado.

Y ahora desvariaba como un poeta. Pero, aparte de la fábula, la literatura como terapia no le era ajena. Recordó que treinta años atrás actuó en una representación de *Edipo Rey* bajo las columnas griegas del Capitolio. A muy pocos les extrañó que la voz del eudita se levantara de nuevo ante un auditorio ávido de soluciones. Si antes fue necesario el sacrificio de un rey para salvar a un pueblo enfermo, ¿por qué ahora no arrogarse la voz del corifeo para invocar algo parecido? Su voz se impuso a través de las ondas, firme, varonil, para decirle al país que El Patrón, el temible y desalmado delincuente a quien todos buscaban, quería reunirse con él a fin de someterse a la justicia:

—*Me han dicho que quiere entregarse. Me han dicho que quiere hablar conmigo. ¡Oh, mar! ¡Oh, mar de Coveñas a las cinco de la tarde, cuando el sol está cayendo! ¿Qué debo hacer? Me dicen que él está cansado de su vida y con su bregar, y no puedo contárselo a nadie, mi secreto. Sin embargo, me está ahogando interiormente... ¡Oh, mar!*

Al sacerdote le llama la atención la presencia de dos muchachas, no mayores de dieciséis años, que desde hace





un rato y sin importarles la dignidad de la sotana, se pasean como gatas al acecho por los diferentes recintos de La Catedral. Lina y Paula Andrea, como las llaman, son muy atractivas y ambas tienen el garbo de las modelos de las pasarelas más exigentes, espectáculo que se ha vuelto muy frecuente en el país gracias a los espacios que los noticieros de televisión dedican a la farándula. Pero, al darse cuenta de que El Patrón, más tranquilo tras su rapto iracundo, lo espía con una mirada cómplice, decide reasumir su papel pastoral y frunce el ceño. Es inútil preguntar qué hacen en este lugar esas muchachas, vivaces y espontáneas y que, pese al frío, deambulan en ajustados *shorts* sin el menor ánimo provocador. Su comportamiento es tan natural que la evidente voluptuosidad de sus cuerpos sólo desata culpa en la conciencia del prevenido testigo. ¿Es entonces cierto lo que le han contado? El Patrón, aburrido de su encierro, se hace llevar jóvenes modelos desde Medellín y las invita a participar en un torneo singular. Tras desnudarse por completo, las muchachas se colocan en cuclillas y sobre una larga pasarela de grueso cristal dan saltos hasta llegar a la meta y al premio: un Porsche deportivo último modelo para quien primero llegue. Ropa de marca, dinero en efectivo y joyas para las rezagadas. Quien complace a El Patrón jamás se va con las manos vacías. Pero, ¿en qué radica el interés de esta competencia? Debajo de la pasarela, que como una lupa aumenta y multiplica los detalles de lo que sucede arriba, el anfitrión y sus invitados siguen atentamente la carrera, con la mirada clavada en las opulentas redondeces y en los húmedos atributos de la mu-

chacha que cada uno eligió previamente y por la cual apuesta gruesas sumas.

El sacerdote sabe que su avanzada edad no lo pone a salvo de la concupiscencia y entonces se sorprende al oírse decir, en voz alta, llamando la atención de El Patrón, del abogado Arizmendi, de los otros hombres e incluso de las dos jóvenes:

—En lo que se refiere a la fornicación y a toda clase de impureza o avaricia, que ni siquiera se nombre entre vosotros... Ni palabras torpes, groserías o bajezas, cosas que no conviene, sino más bien acciones de gracia. Porque tened bien entendido que ningún fornicario o impuro o avaro —que es lo mismo que culto de ídolos— ha de heredar el reino de Cristo y de Dios...

Todos lo miran con curiosidad y al cabo de un rato las dos muchachas, sin que nadie se los indique, se retiran del recinto como si hubiesen comprendido las inesperadas aunque transparentes palabras del sacerdote.

Y a continuación, en explicación no pedida, el padre se dejó oír de nuevo con voz apacible:

—Carta a los efesios. Pablo estaba preso, en Roma, y se acordó de sus viejos amigos de Éfeso, a quienes les escribió esta epístola.

La mención del apóstol cautivo hizo que los rostros de algunos de los allí reunidos se ensombrecieran y durante varios minutos un silencio espeso e incómodo se apoderó de la casa. Poco después se oyó música y al mirar por la ventana el sacerdote vio que las dos muchachas se habían tendido sobre unas colchonetas en la terraza, aprovechando el tímido sol de la tarde. De pronto, la llamada

Lina dio un rito al que hicieron coro los ladridos de los dos doberman y esta vez todos, incluido El Patrón, fijaron la atención en el lugar de la súbita barahúnda. Puesta de pie, muda, con la mano extendida, la joven le señalaba a su compañera un enorme gallinazo que la observaba con avidez, posado en las ramas de un árbol próximo.

—Aquí nada es casual —dijo el abogado, risueño y con aire filosófico—. Ésta es la Loma del Chocho. Y donde hay chocho hay gallinazos.

Al margen de lo que pudiera tener de obsceno el comentario, el sacerdote recordó que, en efecto, tal era el nombre del lugar donde el preso más célebre del país mandó construir su cárcel privada. Pero un hálito premonitorio se le escapó. ¿Acaso esta loma no había adquirido una fama fúnebre porque, según decían los lugareños, en ella enterraban clandestinamente los cuerpos de quienes caían en desgracia y eran ajusticiados por sus enemigos? Otra razón para no extrañarse por la presencia de los gallinazos. Y pensó en la muerte, que parecía rodear a El Patrón desde sus comienzos como delincuente, pues de todos era sabido que su prestigio entre los expedientes judiciales y el hampa había crecido tanto como la cantidad de lápidas que había robado en los cementerios de la ciudad.

—No dudo que la cárcel sea el lugar preciso para purgar mis delitos —dijo el capo—, aunque creo que todo esto se ha exagerado.

La atención de quienes lo rodeaban se volvió devota. Al borde de la reverencia, todos —y el sacerdote sintió un mordisco de ira al reconocer que también

él formaba parte del coro— escuchaban y sopesaban cada una de las palabras del jefe, enfundado en un grueso suéter de lana que incrementaba notablemente el tamaño de su abdomen.

—Exageraron mis delitos y, por supuesto, esto se verá en el monto de mi condena. Pero yo no quiero negar mi responsabilidad sino impugnar el tratamiento que las autoridades, especialmente las de los Estados Unidos, nos quieren dar a cuenta de esos hechos.

Tomó aire. Bebió otro trago de whisky y tras mirar fijamente al sacerdote a los ojos prosiguió:

—Yo soy un delincuente, padre, no lo niego. Pero también lo es el alcalde de Washington, a quien pescaron e incluso filmaron consumiendo cocaína y nada le pasó. Ahí sigue en su cargo persiguiendo traficantes y drogadictos. Cosas de esas se ven todos los días. Pero lo más aberrante es lo sucedido con Barry Seal, el padrino de la droga en los Estados Unidos, mi compinche y además traidor. Un delator asqueroso. ¿Cómo entender el hecho de que, pese a jactarse en público de haber introducido en su país más de diez mil kilos de cocaína, jamás haya pisado una cárcel? Y como le dije al mismísimo embajador gringo, un tipo tan siniestro como Seal ni siquiera compareció ante las autoridades: se limitó a echarnos la culpa y eso bastó para que nadie le tocara un pelo. En cambio, aquí me tiene usted, padre, purgando delitos que no he cometido.

El evidente cinismo de El Patrón estuvo a punto de sacar de quicio al sacerdote pero se contuvo a tiempo. ¿Para qué echar a perder lo que con su entrega hasta



ahora ha logrado? Pero algo comenzó a inquietarlo. Sentía que de alguna forma este hombre lo usaba para confesarse en público. Y que con sus confesiones, falsas o ciertas, lo involucraba moralmente. ¿Acaso la absolución no es lo último a lo que aspira quien pone su alma al descubierto en el confesionario?

El ruido del helicóptero volvió a escucharse y otra vez los hombres de la guardia se entregaron a un frenesí inaudito. Unos corrían y daban gritos a través de sus equipos portátiles VHF, en tanto que otros preparaban sus fusiles R-15 y Galil. Sobre una consola, a escasos cinco metros de donde se encontraba y como si fuera una escultura más, el sacerdote vio la célebre Sig Sauer nueve milímetros, la pistola preferida de El Patrón y que un año antes, al rendirse, él mismo había visto cómo se la entregaba al jefe de la prisión. ¿Por qué motivo y en qué circunstancias regresó el arma a poder del detenido? ¿Qué clase de cárcel es ésta, se preguntó, donde los guardianes obedecen sin chistar las órdenes de los reclusos,

armados como si se dispusieran a marchar al frente? Además, ¿dónde se ha visto una cárcel que parece un museo? Al recorrer las instalaciones de La Catedral el sacerdote había visto cosas que lo dejaron boquiabierto: cuadros de Dalí y Miró le daban la alternativa a otros de artistas aborígenes como Botero y Obregón, de la misma forma que esculturas de Giacometti le hacían sombra a las de Negret. Y como si esto no bastara, prosigue el sacerdote, ¿quién imagina una cárcel donde los periodistas extranjeros entran y salen a su antojo para vender luego su verdad a precio de oro? Y eso para no hablar de un antro lleno de adolescentes culiprestas y de invitados a quienes a cualquier hora del día o de la noche se les agasaja con viandas exquisitas y whisky, comandados por un jefe que en el momento menos pensado se despacha a todo pulmón un cigarrillo de marihuana.

Afuera las cosas vuelven al orden. El sacerdote se queja interiormente de la descarada permisividad que rodea todo lo que El Patrón hace, sin duda con la complicidad de quienes dirigen la prisión. Y entonces clavó su mirada en la enorme fotografía que abarca casi dos metros de pared. Era evidente que, al ampliar la imagen de forma tan desaforada, El Patrón quería poner de presente la importancia del momento atrapado por la lente del fotógrafo. Y ese momento fue una sesión del Congreso en la que aparecen Pablo Escobar y César Gaviria, el entonces aguerrido parlamentario y hoy presidente de la República. Éste, de traje oscuro, sonriente, avanza desde la izquierda hacia el lugar donde se encuentra Escobar, que ríe a diente pelado dos sillas más adelante, al borde del pasillo. Convertido en congresista, El Patrón luce un vestido de color claro, que contrasta con la indumentaria sobria de sus colegas. Y como para que no quede duda alguna sobre la autenticidad de la imagen, en la parte inferior aparece el *copyright* del fotógrafo: Lope Medina; el medio periodístico que la publicó: la revista *Semana*, y la fecha: agosto de 1983.

Pero, ¿qué explica el hecho de que mientras El Patrón ríe abiertamente su colega esboce apenas una sonrisa? Al joven César de Dos Quebradas, como lo llaman, se le atribuían gustos demasiado griegos, pues era de los que creía que “el amor a los efebos es la más discreta de las bellas artes”. Muy célebre fue su respuesta el día en que alguien, no sin malicia, le preguntó lo que significaba la palabra sodomía, que salió a relucir en el debate, a lo que el joven parlamentario contestó con arrogancia: la sodomía es la introducción de la política por otros medios... Pero ni siquiera la celebración de esta ocurrencia explica la actitud de los dos hombres en la fotografía. ¿Dónde está el vínculo, se pregunta el sacerdote, que involucra a El Patrón y al presidente? Sería terrible, se contestó a continuación, que todo lo que ahora le ocurre a este país no sea más que un chiste registrado por una cámara indiscreta hace nueve años, cuando éste era el



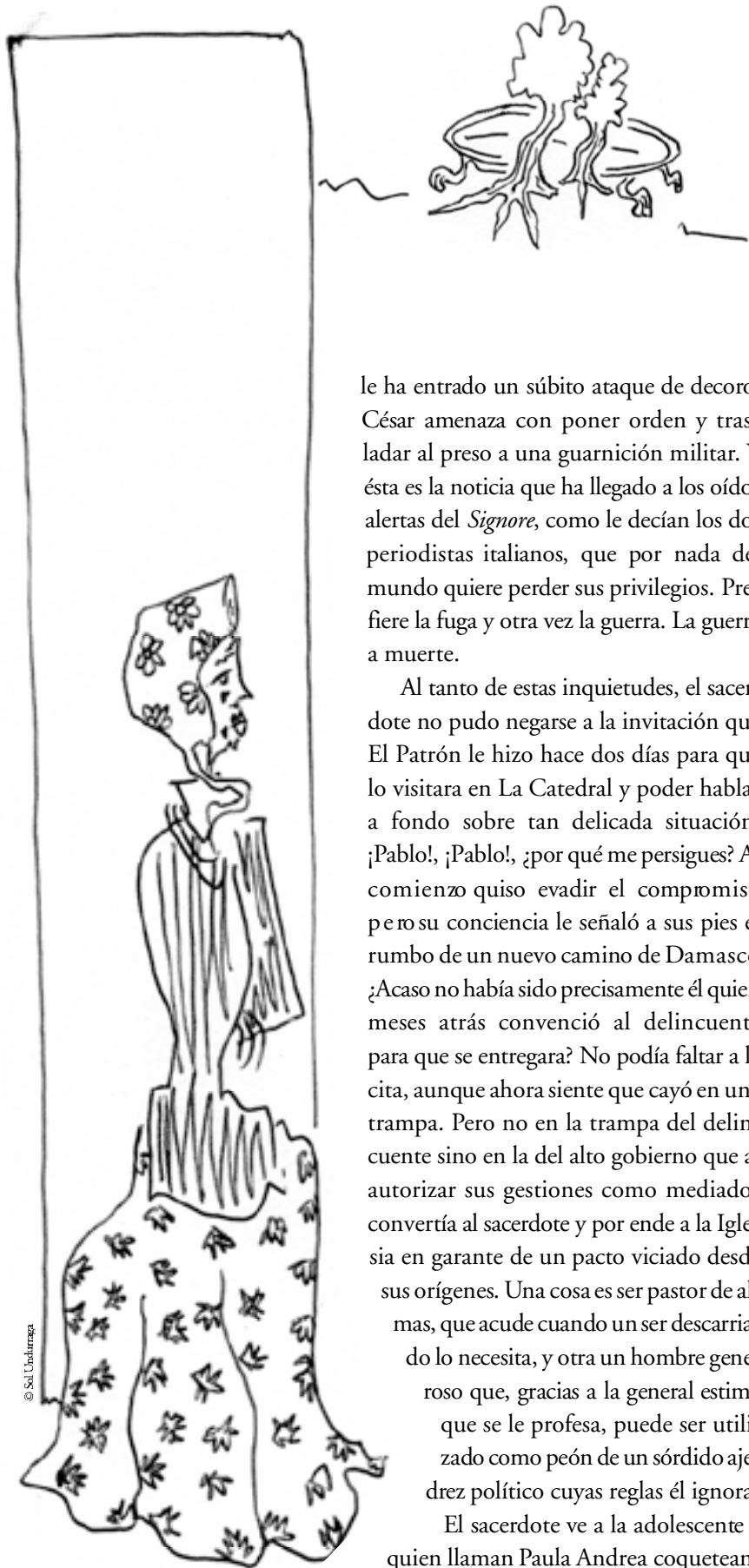
¿Había entre esos dos hombres que intercambiaban risas y solapadas miradas en la fotografía algún infame pacto?

único rincón del continente donde nada grave sucedía. ¿Será que este tira y afloja que hoy nos apesadumbra comenzó con lo que esa fotografía sugiere pero no afirma? ¿Hasta qué punto El Patrón de La Catedral era ya hace nueve años el que más fuerte reía en el Congreso de la República? El sacerdote tose, inquieto, y se abriga con la prenda de lana que lleva sobre su hábito, al tiempo que le pide a su anfitrión le indique, por favor, dónde se encuentra el cuarto de baño.

Y Escobar mismo, casi con dulzura, lo toma del brazo y lo guía por uno de los pasillos de la enorme mansión. Porque, ¿cómo pueden llamar cárcel a un lugar cuyas paredes están atiborradas de obras de arte, los suelos cubiertos de alfombras, lámparas de pie en cada esquina y *bibelots* sobre las consolas? Al entrar al cuarto de baño el sacerdote sintió que su esfínter se aflojaba súbitamente golpeado por la sorpresa: enorme como el vestíbulo en el hotel, los azulejos brillaban con una pulcritud clínica cuyo resplandor convenía a la noche en día gracias a una rica sucesión de espejos. Centró luego su atención en una lujosa y amplia tina de porcelana, sostenida por gruesas patas de bronce que simulaban garras de águila y donde cabían cómodamente tres personas tan gordas como El Patrón. A continuación, no dio crédito a lo que vio y se frotó los ojos: ¿qué hace un *bidet* en una cárcel de hombres? La presencia de Lina y Paula Andrea justificaba por igual el tamaño de la tina y el *bidet*. Además, conjeturó, si cada uno de los baños de La Catedral está tan bien dotado como éste en el que ahora se encuentra, ¿cómo no comprender, de acuerdo a lo que se decía, que las dos adolescentes se multiplicaban por las noches en un bien poblado harén?

Al salir, su anfitrión volvió a tomarlo del brazo y mientras despotricaba contra el presidente, a quien acusaba de perseguirlo injustamente, el sacerdote vio a su izquierda un gimnasio, con todos los instrumentos de rigor, bicicletas estáticas, pesas, un ring de boxeo, sillas con artilugios para endurecer glúteos y bíceps y otros aparatos cuya función fue incapaz de precisar. Al otro lado del pasillo observó un bar muy bien surtido y al preso que lo atendía, tan solícito como el más experimentado de los camareros. La sala de computadores le puso de presente que el preso mejor protegido del mundo navegaba a su entero capricho por el vasto mar de la informática. Otro enorme recinto lo hizo tomar conciencia de las decisiones que se tomaban en aquella lujosa sala de juntas.

Pero lo que el sacerdote vio a continuación hizo que se detuviera de repente, al borde de la imprecación: ¿un cuarto de muñecas en la cárcel donde está confinado el gángster más desalmado del planeta? Había oído decir que la confesa debilidad de El Patrón por hacer volar con dinamita los centros comerciales donde a diario acudían niños, acompañados de sus madres —pues con esas masacres quería “arrodillar al régimen”— competía con su gran pasión: llevar a su hija al *bunker* y pasar con ella horas y horas jugando en el cuarto de muñecas. La aberrante ironía de lo que sus ojos vieron y que incendió su viejo rostro en flamas de sangre furibunda, hizo que la ira no se volcara contra el criminal que él había convencido para que se entregara a la justicia sino contra el presidente. ¿Cómo podía ese hombre, cuyo declarado amor por los niños rozaba la patología, permitir que el terrible traficante deshonrase la memoria de sus víctimas jugando a las muñecas en la cárcel que él mismo diseñó y que el propio presidente avaló con su firma? A lo mejor El Patrón no tiene la culpa de todo, como se dice, sino que ésta alcanza a los responsables de hacer cumplir la ley y aplicar la justicia en este país, concluyó el sacerdote con la mirada puesta una vez más en la enorme fotografía que poco antes había merecido toda su atención. ¿Por qué razón el presidente se hace el de la vista gorda ante semejante afrenta contra la dignidad y la decencia? ¿Había entre esos dos hombres que intercambiaban risas y solapadas miradas en la fotografía algún infame pacto? Desde los primeros meses de confinamiento, con inocultable sorna los servicios de inteligencia de los gringos se referían a la cárcel de El Patrón como un “Hotel de cinco estrellas”. ¿Cómo es posible que el primer varón de la República no estuviera al tanto de lo que ocurría dentro de La Catedral? ¿Por qué permitió que el delincuente más peligroso del mundo celebrase su primer año de prisión con una babilónica fiesta realizada fuera de la cárcel, en un club exclusivo de Envigado? ¿Acaso el capo no había sido visto también un domingo por la tarde en el estadio de fútbol que él mismo construyó en su época de altruismo? ¿No era él el hombre que aparece en una fotografía publicada por la revista *Compacta* junto con su hija al lado de un tigre albino en una de las funciones del Circo Ruso en las afueras de Medellín? Una de dos: o el presidente es un imbécil o se bajó los pantalones ante El Patrón al extremo de no lograr siquiera ponerse de pie, enredado entre las sisas de su infame claudicación. Y ahora, precisamente porque



le ha entrado un súbito ataque de decoro, César amenaza con poner orden y trasladar al preso a una guarnición militar. Y ésta es la noticia que ha llegado a los oídos alertas del *Signore*, como le decían los dos periodistas italianos, que por nada del mundo quiere perder sus privilegios. Prefiere la fuga y otra vez la guerra. La guerra a muerte.

Al tanto de estas inquietudes, el sacerdote no pudo negarse a la invitación que El Patrón le hizo hace dos días para que lo visitara en La Catedral y poder hablar a fondo sobre tan delicada situación. ¡Pablo!, ¡Pablo!, ¿por qué me persigues? Al comienzo quiso evadir el compromiso pero su conciencia le señaló a sus pies el rumbo de un nuevo camino de Damasco. ¿Acaso no había sido precisamente él quien meses atrás convenció al delincuente para que se entregara? No podía faltar a la cita, aunque ahora siente que cayó en una trampa. Pero no en la trampa del delincuente sino en la del alto gobierno que al autorizar sus gestiones como mediador convertía al sacerdote y por ende a la Iglesia en garante de un pacto viciado desde sus orígenes. Una cosa es ser pastor de almas, que acude cuando un ser descarriado lo necesita, y otra un hombre generoso que, gracias a la general estima que se le profesa, puede ser utilizado como peón de un sórdido ajedrez político cuyas reglas él ignora.

El sacerdote ve a la adolescente a quien llaman Paula Andrea coqueteando con uno de los hombres encargados de la seguridad, que casi no puede caminar a causa de las pesadas armas que traslada de un lugar para otro. Entonces reaparece la gitana, que con gestos más que con palabras increpa el descaro de la joven, quien termina por desaparecer en uno de los pabellones contiguos. El hombre de las armas tropieza y cae y la risa de sus com-

pañeros, sobre todo la estentórea de Jaider La Perra, lo cubre de ridículo.

Media hora antes y consciente de las peligrosas decisiones que El Patrón está a punto de tomar, el sacerdote le aconsejó reiterada, casi suplicantemente, evitar la confrontación para ahorrar más derramamiento de sangre. Sí, que pese a las dificultades que se han presentado tuviera algo de paciencia y acatara lo pactado a la hora de la entrega. Y de nuevo recuerda el momento en que hace un año él mismo lo acompañó hasta La Catedral. Y al evocar los hechos no pudo disimular una sonrisa. ¿Y cómo no iba a sonreír? El helicóptero en el que viajaba el sacerdote, acompañado por un político, un periodista y un delegado de la oficina de Derechos Humanos, aterrizó en una finca llamada El Quijote. ¿No lo habían acusado de quijotismo toda la vida? ¿No es ése el calificativo que le han dado a lo largo de su misión social, desde ese lejano año en que se dio a conocer a través de un programa llamado, provocadoramente, El Ojo de la Aguja? Si es cierto, como dice La Palabra, que es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de los Cielos, ¿cómo se atrevió el cura a comprometer en su apostolado precisamente a los poderosos? Eso de rezar en la televisión por el día que termina y por la noche que llega tenía menos futuro que el plan de gobierno del César, le decían. Igual de ingenuo era su esfuerzo por reunir a toda la clase pudiente del país, con el mandatario de turno a la cabeza, para compartir un banquete cuyo cubierto valía un millón de pesos y donde el menú estaba compuesto únicamente por consomé y pan, servido por las reinas de la belleza en el hotel más prestigioso de la capital. La abnegación, aliada con la eficacia, era su más alta divisa pastoral.

¿Por qué dudar entonces del éxito de su gestión cuando les prometió a sus asombrados televidentes que él entregaría al hombre más odiado del país? En la finca El Quijote esperaba el temido capo, quien rápidamente abordó el helicóptero en compañía de dos tipos francamente siniestros. Como si protagonizaran una secuencia evangélica, el cura y el delincuente se abrazaron y ésa fue la noticia del año, con fotografía incluida. El primero estaba más pálido y flaco que nunca y el segundo tan gordo como un cerdo en vísperas de San Martín. Lucía una larga barba y vestía *bluejeans*, camisa de seda, zapatillas de tenis y una chaqueta con rayas negras. Sus ojos permanecieron ocultos durante toda la travesía tras unas gafas de espejuelos negros. Al descender en La Catedral, el sacerdote, siguiendo la usanza de los tres últimos Papas, se arrodilló y besó la tierra. Luego, todos comprobaron que se encontraban en una enorme construcción, sobria y fría, con cuatro salones de treinta metros de largo y ocho de ancho, baños comunales y veinte camas-tros por salón, con puertas metálicas y barrotes. En fin,

algo parecido a una cárcel. Pe ro ahora el sacerdote duda de lo que ve. La espartana decoración inicial se ha transformado, un año más tarde, en un esplendor versallesco, y las severas figuras de los guardianes se han metamorfoseado en espléndidas y complacientes muchachas. El sacerdote vuelve a observar la pistola que Escobar le entregó al jefe de la prisión en señal de acatamiento a su autoridad y que reposa ahora, al alcance de la mano.

—¿Para qué las armas, Pablo?

—En cualquier momento los comandos de élite caerán sobre La Catedral pero no me van a encontrar distraído —dijo—. Y no ponga esa cara, padre. ¿Sabe? Yo nací en medio del fuego, cuando los godos incendiaron Ríonegro, a finales del año cuarenta y nueve. Si el fuego es mi elemento, ¿por qué he de tenerle miedo?

Y entonces el sacerdote volvió a recordar al Pablo de las Escrituras, preso en Roma, y una de las frases de su *Carta a los efesios* lo conmovió, pues hablaba precisamente de la necesidad de armarse. Y en voz alta rezó:

—*Vuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los principados y potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malos que andan por los aires...*

Como si la frase los hubiera puesto en estado de alerta, El Patrón y sus hombres miraron insistentemente al cielo, pero el helicóptero hacía ya un buen rato había desaparecido.

—...*Recibid la armadura de Dios* —prosiguió el sacerdote— *para que podáis resistir en el día malo...*

El silencio se apoderó de los presentes y el cura aprovechó ese momento, como de vela de armas, para volver al cuarto de baño. Ya conocía el camino y por eso emprendió solo la peregrinación que le imponía su vieja vejiga.

Al regresar, se detuvo ante una consola en la que reposaba una diminuta y bien surtida colección de automóviles antiguos y de lujo. Era la reproducción exacta de la colección original de El Patrón y que éste guardaba con celo supremo en algunas de sus fincas y mansiones y que con orgullo solía mostrar a sus invitados. A La Catedral se había llevado los modelos a escala de un Rambler negro de 1902 y un Ford modelo 1928. También sus Rolls-Royce, sus Mercedes Benz clásicos y deportivos y sus Porsches. A su lado, el sacerdote sintió la presencia de su anfitrión que, feliz, comenzó a recitarle el linaje de cada una de esas maravillas. ¿Quién puede tener tanto dinero como para armar una colección tan espléndida?, se preguntaba el eudita cuando, súbitamente airado, El Patrón tomó de la consola un bello modelo y lo estrelló contra el suelo, volviéndolo añicos. Los inexpresivos ojos del capo, que en horas bonancibles parecían un par de botones carmelitas, se habían transformado, en medio de imprecaciones, en las fauces asesinas de un par de lobos bajo una luna de sangre. El sacerdote

lo miró, asustado por tan violenta e inesperada actitud, pero El Patrón, por toda explicación, dijo, con el aire rencoroso e implacable de la tercera persona:

—De Pablo Escobar nadie se burla.

Y a continuación ordenó al hombre apodado El Nefando que llamara a El Cachorro, pues quería verlo lo más pronto posible.

De nuevo sentado el sacerdote en el salón principal, el Doctor Arizmendi le comentó en voz baja y con los insoportables guiños de su ojo izquierdo que él mismo le había informado hace un rato a El Patrón, con documentos en la mano, que el amado Pontiac modelo 1933, que hasta ahora pasaba por ser el automóvil predilecto de Al Capone, era una estafa. Que Capone jamás tuvo un vehículo de esa marca ni de ese modelo. De ahí la violenta reacción del capo.

—Por nada del mundo quiero estar en la piel del tipo que se las quiso dar de vivo con el jefe —dijo el abogado, como si el sacerdote fuera un miembro más de la pandilla.

Cuando un par de horas antes llegó a La Catedral, al recorrer uno de los pasillos había visto enmarcadas dos fotografías que le daban sentido a los gustos de El Patrón. En una aparecía como si fuera Pancho Villa, con un fusil en la mano, sombre ro enorme y cananas repletas de balas cruzadas sobre el pecho. Y en la otra fotografía, como si proclamase su parentesco o afinidad con el que creía dueño del Pontiac, posaba en compañía de uno de sus primos, vestidos a la manera de los gángsters de los años treinta. Al lado de las fotos, también llamó la atención del sacerdote un lujoso libro, encuadernado en cuero y con un título que se le antojó comprometedor: *I mafiusi della Vicaria*, de un tal Giuseppe Rizzotto. Al hojearlo, comprobó que se trataba del ejemplar número setenta y seis de una edición de sólo cien volúmenes impresos en *papier* de Hollande. En la página de créditos leyó: *Archivio di Stato di Palermo*, 1896.

—Padre, ¿podría usted hacerme un favor? —dijo a su lado El Patrón, más sosegado. Y sin esperar la respuesta, se dirigió a la consola donde había dejado el sobre con la nota que llevaba atada a una de sus patas la paloma mensajera. Volvió a leer la hoja y a continuación, en el reverso, escribió con letra nerviosa algo cuyo sentido se le escapó a los presentes. Introdujo de nuevo el papel en el sobre y lo lacró humedeciendo los bordes con su saliva.

—Quiero que le entregue esta carta al presidente.

El eudita dudó, sin comprender qué era lo que pretendía el capo. ¿Me habrá convertido en su cartero?

—Una carta al adefesio —dijo el Doctor Arizmendi, con marcada ironía.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó, molesto, el sacerdote.

—Carta de Pablo a los efesios. Si no me equivoco, efesio es *ad efeso*, adefesio —explicó con insoportable



jactancia el abogado, como si el juego de palabras no hubiese sido captado por el sacerdote. Pero lo que éste comprendió de inmediato fue la gravedad de la situación y la demencia que podría apoderarse de La Catedral si algo o alguien no interviene a tiempo. ¿Qué contendrá la carta?

La gitana reapareció, con un muchacho a su lado. Se inclinó ante El Patrón y se retiró para dejarlos hablar a solas. El muchacho a todo decía que sí con la cabeza, con el servilismo de un perro golpeado por su amo pero al que, a pesar de todo, obedece con la cabeza gacha. Tenía la mirada hosca, la cara salpicada de acné y cuando hablaba usaba un lenguaje unas veces arcano y otras cochambroso.

—Este Cachorro es el mejor monaguillo que nos asiste en los oficios, aquí en La Catedral —dijo El Patrón, con un tono de voz sardónico, provocador, humillante.

Entonces el sacerdote se sintió al borde de la claudicación. Triste y decepcionado, creyó que todas sus fuerzas lo abandonaban sin remedio. Se arropó más con su ruana y en un instante se dio cuenta de que había vivido un espejismo. Que la oscuridad que durante tantos meses se había apoderado del país era tan negra como su sotana y que a lo mejor lo único que él consiguió al facilitar la entrega de Escobar fue detener por un año el fatídico desenlace de los hechos. Pero, ¿qué es un año en la perenne tragedia de este país? Comprendió que él no había sido un simple mediador en la rendición de un criminal sino el portavoz de una premonición, escondida tras la frase con la que a lo largo de cuarenta años se

despidió de sus fieles a través de la televisión. Supo, en fin, que él era el día que terminaba y que su país no era otra cosa que la larga noche que ahora comenzaba.

Sintió que todo le daba vueltas a su alrededor y sin hacer caso de las miradas inquisitivas de los asesinos durante un largo rato meditó con los ojos cerrados. Entonces sintió que entre sus manos anudadas sobre las rodillas se abrían paso otras, casi heladas, y al abrir los ojos, sin disimular un gesto de espanto, vio cómo las garras de la gitana depositaban sobre sus palmas la carta que Pablo le enviaba a César. Y no pudo menos que pensar en la paloma mensajera que horas antes se había posado en la ventana con el mensaje que él ahora debía entregar. Y recordó el breve pico del pajarillo que en las ferias de su infancia extraía de una baraja de mensajes la tarjeta verde o azul o púrpura que, elegida por el ave al azar, le señalaba los caminos de la fortuna. Y concluyó que nada es casual. ¿Acaso no había sido él quien al propalar la fábula del pajarillo que llevaba polvo blanco al país de los ricos y regresaba con monedas de oro en el pico se había metido en este embrollo?

Y entonces se sintió al borde del llanto al escuchar la voz de la iniquidad, camuflada entre la devoción burlesca de El Patrón:

—Dele su bendición a este Cachorro, padre. Mañana tiene que hacerme un trabajito del que a lo mejor no vuelve. [U]

Las ilustraciones que acompañan este texto fueron realizadas *ex profeso* para este texto por Sol Undurraga.